

14. Bautismo de un niño

Romanos 6,3-11

Juan 3,1-6

(Nacimiento a la vida humana)

Hace pocos meses (días) que este niño, N., abrió los ojos a la luz de este mundo. Un acontecimiento que alegró, sin duda, a toda la familia: a sus padres, (a sus hermanos), a sus abuelos, a sus tíos y primos... Nació a la vida humana comenzando su existencia. No se trata de una persona formada plenamente. Sino que poco a poco, según avancen los años, irá desplegando todas las capacidades del ser humano que ahora se encuentran en potencia: caminar, hablar, escribir, alimentarse por sí sólo... Necesita, por tanto, nuestra ayuda para progresar en su crecimiento.

(Nacimiento a la vida divina)

Pero esto no es suficiente. La vida del ser humano no estaría completa si nos quedáramos ahí, en un nivel únicamente físico, intelectual, humano... y no alimentáramos nuestra dimensión espiritual. Por eso hoy nos hemos reunido para celebrar el bautismo, para sembrar en el interior de este niño la semilla de la vida divina. Por eso hoy, vamos a celebrar un nuevo y definitivo nacimiento ya que este niño, por medio del sacramento del bautismo, va a formar parte de la familia de los cristianos, naciendo a la vida de Dios.

Ya Jesús nos dijo que era necesario nacer de nuevo para entrar a formar parte del reino de Dios. Recordemos cómo él mismo así se le dijo a Nicodemo, en el evangelio que acabamos de escuchar: el que

no nazca de nuevo no puede ver el reino de Dios. Hay que nacer, tal y como Jesús explicó, de agua y de Espíritu para entrar en el reino de Dios.

Como decíamos, se trata de una semilla, como el resto de dimensiones de la vida humana. De modo que también aquí necesita nuestra ayuda, la ayuda de los padres, de sus familiares y de la propia parroquia para que esta semilla vaya creciendo y dando frutos. Es nuestra responsabilidad cuidar la fe de este niño y que al igual que le enseñamos a caminar, a hablar, a escribir... le enseñemos a relacionarse con Dios, a rezar...

(Significado del bautismo)

Bautizar significa, en griego, sumergir. De tal modo que cuando decimos que bautizamos a un niño o a una niña en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, estamos diciendo que lo estamos sumergiendo en Dios que es Padre, Hijo y Espíritu Santo. Queda, por tanto, injertado en Dios. Pero de manera particular esta unión es con Cristo, ya que él se ha hecho uno como nosotros y nos ha revelado al Padre y nos ha dado también al Espíritu. Así nos lo ha dicho el texto de san Pablo: por el bautismo nos incorporamos a Cristo. Y, especifica el apóstol, que nos vincula a Cristo que ha muerto y que ha resucitado. Para que también nosotros al ser sepultados en una muerte como la suya nos haga partícipes de su misma resurrección. Por el bautismo morimos al pecado y nacemos a la vida de Dios. Por el bautismo Dios nos regala la vida inmortal, una vida que un día se desplegará plenamente.

(Unción, vestición y entrega de la luz: ritos explicativos del bautismo)

Esta vinculación a Cristo y esta nueva vida que recibimos en el bautismo queda simbolizada en los tres ritos que realizaremos tras deramar el agua sobre la cabeza N. (tras sumergir en el agua a N.).

En primer lugar ungiremos a N. en la cabeza con el crisma. Se trata

de un aceite perfumado consagrado por el obispo. Con él simbolizamos la vinculación que N. tendrá con Cristo a partir de ahora. Por medio del aceite grabamos en este niño la marca de Cristo, una huella imborrable. Y simboliza también la bendición divina que se derrama sobre él.

Seguidamente impondremos un vestido blanco a N. El blanco simboliza la fiesta y la alegría. Así como la pureza de la vida sin pecado. Con túnicas blancas están, según relata el libro del Apocalipsis, los santos delante de Dios.

Finalmente entregaremos una vela encendida del cirio pascual que representa a Cristo. Es signo de la luz de la fe que, a partir de ahora, iluminará la vida de este niño para que no tropiece en su caminar por este mundo.

Tres signos que quieren expresar el cambio sustancial que se produce por el bautismo en el ser humano.

Que la celebración de este sacramento nos sirva a todos nosotros para renovar la gracia de nuestro propio bautismo.

José Antonio Goñi